

DIÁLOGO ENTRE EL POSITIVISMO, EL MATERIALISMO HISTÓRICO Y LA TEORÍA DE LA COMPLEJIDAD EN TORNO AL MÉTODO PARA ESTUDIAR LA RELACIÓN ENTRE MODERNIZACIÓN Y DINÁMICA DEMOGRÁFICA

Francisco Javier Villamarín¹

Resumen

El artículo reflexiona sobre los aportes metodológicos del positivismo, el materialismo histórico y la teoría de la complejidad a la investigación social contemporánea, tomando como referencia el estudio de la relación entre dinámica demográfica y modernización en el departamento de Nariño (1951–2014). Se plantea que ninguna de estas perspectivas, por sí sola, logra aprehender la complejidad de los procesos sociales, históricos y simbólicos implicados en tales transformaciones. Mientras el positivismo aporta rigor empírico, sistematicidad y control conceptual, el materialismo histórico introduce la crítica a la neutralidad del conocimiento y subraya las relaciones entre estructura, acción y subjetividad. Por su parte, la teoría de la complejidad amplía el horizonte metodológico al incorporar la incertidumbre, la no linealidad y la coexistencia de órdenes y desórdenes como componentes del conocimiento. En conjunto, los tres enfoques proponen una práctica investigativa plural, reflexiva y crítica, orientada a comprender la articulación entre población, sociedad, economía, política y cultura en contextos históricamente desiguales.

Palabras clave: metodología; positivismo; materialismo histórico; complejidad; investigación social; modernización; Nariño.

Abstract

The article reflects on the methodological contributions of positivism, historical materialism, and complexity theory to contemporary social research, taking

1. Docente Asistente. Departamento de Sociología. Universidad de Nariño.

as a reference the study of the relationship between demographic dynamics and modernization in the department of Nariño (1951–2014). It is argued that none of these perspectives, on its own, manages to apprehend the complexity of the social, historical and symbolic processes involved in such transformations. While positivism provides empirical rigor, systematicity and conceptual control, historical materialism introduces the critique of the neutrality of knowledge and emphasizes the relations between structure, action and subjectivity. On the other hand, complexity theory broadens the methodological horizon by incorporating uncertainty, nonlinearity, and the coexistence of orders and disorders as components of knowledge. Together, the three approaches propose a plural, reflexive, and critical research practice, aimed at understanding the articulation between population, society, economy, politics, and culture in historically unequal contexts.

Keywords: methodology; positivism; historical materialism; complexity theory; social research; modernization; Nariño.

Introducción

En las últimas décadas del siglo XX y en los primeros años del nuevo milenio, se viene produciendo en el Departamento de Nariño un tipo de modernización socioeconómica, política y cultural que superpone en un mismo tiempo y espacio el progreso material de las grandes ciudades con la precariedad y el atraso que caracterizan al sector rural.

Este tipo particular de modernización está asociado con la heterogeneidad que describe la dinámica demográfica en el periodo intercensal 1964-2005, la cual debido a este fenómeno yuxtapone las transiciones de la natalidad, la mortalidad y las migraciones de la ciudad, las cuales explican su crecimiento, el predominio de la población económicamente activa, y su tendencia a la concentración urbana, con el mantenimiento de altas tasas de natalidad, mortalidad y emigraciones que se observan en el campo, cuya acción conjunta está contribuyendo con el decrecimiento de su población, con la lenta disminución de su tasa de dependencia y con su patrón disperso de ocupación del territorio.

Plantear una metodología que permita demostrar empíricamente la particularidad de esta relación en una región periférica no es una tarea sencilla. Este esfuerzo exige adentrarse en discusiones epistemológicas de larga duración que, como señala Mardones (2001), han configurado un debate incesante en el campo de las ciencias sociales. A pesar de los esfuerzos integradores de autores como Lakatos (1978), Kuhn (1992) y Habermas (2023), dicho debate está lejos de resolverse. A pesar de estas posiciones que para algunos se pueden unificar

y para otros no, es imprescindible encontrar la alternativa metodológica más adecuada que permita investigar una relación tan compleja.

Esta búsqueda adquiere relevancia cuando el objeto de investigación, como ocurre en este caso, está atravesado por múltiples dimensiones interdependientes, como lo es la relación entre dinámica demográfica y modernización social en el departamento de Nariño en las últimas décadas del siglo XX y principios del siglo XXI. Analizar este proceso implica lidiar con transformaciones históricas de largo aliento, con lógicas institucionales dispares, con trayectorias culturales regionales complejas y diferenciadas, y con fenómenos que no siempre son lineales ni predecibles.

Surge entonces una pregunta clave: ¿desde qué enfoque metodológico es posible abordar de manera rigurosa y crítica una investigación de esta naturaleza? La elección de un marco metodológico no es una decisión neutra ni meramente operativa; por el contrario, implica adoptar una perspectiva epistemológica que conlleva compromisos acerca de cómo observar y explicar la realidad, así como la aceptación de las limitaciones inherentes a dicha postura. Es por esto que, en este escrito, se exploran primero las contribuciones de tres tradiciones metodológicas en sociología —el materialismo histórico, el positivismo y la teoría de la complejidad— que pueden fundamentar la propuesta metodológica para una investigación situada en el campo de los estudios sociodemográficos y del cambio social regional.

El positivismo, en su afán por sistematizar el estudio de los hechos sociales siguiendo el modelo de las ciencias naturales, ofrece una lógica secuencial que incluye la observación, comparación, experimentación y falsación, la cual ha influido profundamente en la investigación empírica (Comte, 1979; Durkheim, 1986; Popper, 1980). A pesar de sus limitaciones, este enfoque mantiene vigente el valor de la observación rigurosa, el control de prejuicios, la precisión en las definiciones y la importancia de someter los postulados teóricos al examen empírico con el propósito de criticarlos y refinarlos.

Por su parte, el materialismo histórico, desde una lectura dialéctica de los procesos sociales, desafía la neutralidad del conocimiento y subraya la importancia de comprender los hechos en su contexto histórico y estructural, mostrando que toda investigación está cargada de determinaciones sociales y de presiones que ejercen los sujetos para que las estructuras dominantes se transformen (Marx, 1971; Zuleta, 1990; De La Garza, 2017).

Finalmente, la teoría de la complejidad, más reciente en su formulación, abre el campo a una mirada flexible, abierta a la contradicción, al desorden y a la integración de múltiples niveles de análisis, proponiendo un modo de

pensar y hacer ciencia que no teme a la incertidumbre ni a la particularidad de la subjetividad (Morin, 1990).

Inclinarse por estos tres enfoques no responde a un afán de eclecticismo, sino al reconocimiento de que el objeto de estudio en cuestión es una realidad social que se despliega en diferentes niveles de análisis, que hacen que lo demográfico y la dinámica social no se reduzcan a una mirada estática, sino que se expandan como procesos marcados por el movimiento, la transformación continua y lo inesperado (De La Garza, 2017).

Como advierte Morin (1990), el pensamiento complejo no busca sustituir lo simple, sino articular lo diverso, conectar lo disperso, comprender lo múltiple sin reducirlo a lo uno. De igual forma, Zuleta (1990) recuerda que la metodología no es un camino trazado de antemano, sino una exigencia crítica que se construye desde la misma experiencia del investigador y desde su lucha por comprender lo que a menudo se presenta como caótico o contradictorio (Bourdieu, 2001).

Así mismo, el artículo plantea un diálogo entre tres enfoques del método en la investigación social, tomando como referencia un problema de investigación, como es la relación entre la modernización diferencial y el cambio demográfico en Nariño en la larga duración. Más allá de sus diferencias, a veces marcadas, otras complementarias, el interés principal es identificar los aportes metodológicos que cada perspectiva puede ofrecer al análisis y explicación de dicho proceso. El propósito no es fijar una postura definitiva, sino aportar insumos para una práctica investigativa reflexiva y sensible a la complejidad de una realidad social que es susceptible a múltiples lecturas. Ante este estado de cosas, la competencia y el oficio de la sociología consisten en observar de manera plural, paradójica y simultánea.

La noción de método en tres paradigmas

Pensar el método desde una perspectiva comparada implica asumir que no existe una única manera de producir conocimiento en las ciencias sociales. Por el contrario, cada paradigma metodológico expresa una visión particular sobre lo que significa investigar, sobre cómo se construye el objeto de estudio y sobre qué y cuál tipo de verdad se pretende alcanzar.

El positivismo, el materialismo histórico y la teoría de la complejidad se sitúan en posiciones diferenciadas dentro de este espectro, pero cada uno, desde su propia lógica, ofrece herramientas para reflexionar sobre la práctica investigativa en contextos donde coexisten, de manera a veces armónica y otras conflictiva, el avance y el retroceso, la modernización y la tradición, o aquello que Berman (1998) denomina la *unidad de la desunión* propia de la asincronía de una modernidad que no es exclusiva de las sociedades desarrolladas (Tabla 1).

Tabla 1. Tabla síntesis de la noción de método en el Positivismo, el Materialismo histórico y la complejidad

Paradigma	Concepción del método	Supuestos epistemológicos	Procedimiento analítico	Crítica principal	Aporte al estudio social
Positivismo	Busca descubrir leyes generales mediante observación, verificación empírica y falsación.	La realidad social es objetiva y medible. Aquí el investigador debe ser neutral.	Inducción y deducción y medición y clasificación de hechos sociales.	Reduccionismo y falta de atención a la historicidad.	Aporta rigor, sistematicidad y comparabilidad empírica.
Materialismo histórico	Explica los procesos sociales a partir de sus contradicciones en la estructura y en la conciencia.	El conocimiento depende de las relaciones de producción y la práctica social.	Dialéctica concreto-abstracto-concreto.	Riesgo de determinismo estructural si se omite la acción.	Revela relaciones entre poder, desigualdad y cambio histórico.
Complejidad	Articula orden, desorden y organización. Busca patrones no lineales y configuraciones emergentes.	La realidad es abierta, incierta y multidimensional.	Análisis relacional y sistémico.	Posible dispersión teórica sin base empírica clara.	Integra múltiples dimensiones (biológica, cultural, simbólica) de lo social.

Fuente: Elaboración propia.

En el caso del positivismo, el método se concibe como una secuencia ordenada y racional de procedimientos que deben garantizar la objetividad del conocimiento. Inspirado en el modelo de las ciencias naturales, este enfoque propone una lógica ascendente que parte de la observación empírica, continúa con la formulación de hipótesis, la experimentación y la verificación, y concluye con la formulación de leyes generales invariables (Comte, 1979).

Esta confianza en la regularidad de los hechos sociales y en la posibilidad de descubrir las causas que los producen a través de métodos empíricos, atraviesa toda esta tradición teórica y epistemológica. Durkheim, a su turno, como heredero crítico de este paradigma, sostenía que el investigador social debe tratar los hechos sociales como “cosas”; es decir, como entidades concretas que pueden ser observadas y analizadas desde fuera, con distanciamiento y rigor (Durkheim, 1986). Esta visión, aunque muchas veces acusada de reduccionista, ha sido fundamental para instaurar criterios de sistematicidad y replicabilidad en la investigación social.

Por otro lado, Popper (1972) cree que la ciencia no se inicia con la observación, sino con la identificación de problemas. En su opinión, no hay conocimiento sin problemas, ni tampoco hay problemas sin conocimiento. Es decir, que este comienza con el conflicto entre saber y no saber, entre conocimiento e ignorancia, con lo que se contraponen a lo propuesto por Durkheim, porque para investigar una realidad específica hay que conocerla previamente.

Es decir, debe partirse de marcos teóricos de carácter deductivo que permitan derivar hipótesis susceptibles de ser falseadas al ser contrastadas con la experiencia. En otras palabras, la ciencia trabaja con teorías o sistemas deductivos que constituyen el punto de partida de toda investigación, determinando la explicación y la solución del problema objeto de estudio.

En contraste, el materialismo histórico rompe con la idea de un método único, secuencial y universal. Desde esta perspectiva, el conocimiento no se construye desde una neutralidad metodológica, sino que está determinado por las condiciones históricas y sociales del sujeto que investiga, tal como lo plantean Marx (1971) en el *Prólogo a la Contribución a la Crítica de la Economía Política* y Marx y Engels (1974) en *La ideología alemana*.

Como señala Zuleta (1990), para el materialismo histórico el orden de las etapas metodológicas no obedece a una lógica externa o preestablecida, sino a la estructura misma del objeto y a las categorías que lo constituyen. En contraste, pero dentro de la misma escuela, De la Garza (2005 y 2017), retomando a Lukács, Gramsci y Thompson, sostiene que esta perspectiva no solo concibe los cambios en la totalidad como producto de sus propias dinámicas internas, sino también

como el resultado de la acción de los sujetos, quienes, aunque no la determinan de manera absoluta, sí inciden en la orientación y el ritmo de su transformación revolucionaria. En este sentido, siguiendo a Feuerbach, la realidad no se transforma de manera teórica (Marx y Engels, s.f.).

Dicho de otra manera, para esta corriente metodológica la investigación no parte necesariamente de una pregunta inicial o de una hipótesis formal, sino de una tensión entre lo observado y las condiciones históricas que lo producen, así como del conflicto entre la opresión que ejercen las estructuras sobre los sujetos y su esfuerzo por quitarse su peso de encima. La mirada dialéctica exige ir más allá de las apariencias (Marx, 1973), descomponer el problema en sus contradicciones tanto objetivas como subjetivas, y comprenderlo como un proceso que incorpora para el análisis diferentes y articulados niveles de realidad, como son la estructura, el actor y la subjetividad (De La Garza, 2017).

La teoría de la complejidad, a su turno, se desmarca tanto de la rigidez epistemológica del positivismo como del determinismo estructural del materialismo histórico, incluyendo en sus interpretaciones la agencia y la formación de la conciencia para impulsar el cambio social. Propone, en contraste, una concepción metodológica caracterizada por la apertura, la flexibilidad y el análisis situado. Según Morin (1990), en los fenómenos sociales y humanos resulta imposible separar de manera tajante el orden del desorden, lo racional de lo emocional, o lo objetivo de lo subjetivo, dado que coexisten y se entrelazan en un continuum dinámico que desafía cualquier intento de reducción simplista.

Por ello, el método no puede ser lineal ni uniforme, sino que debe asumir la incertidumbre y el carácter impermanente de la realidad, como partes constituyentes del conocimiento. Lejos de rechazar la objetividad, Morin (1990) la enriquece y la une con la complejidad que inserta al sujeto en múltiples niveles de realidad que no siempre se mueven y se relacionan de forma sincrónica. En esta perspectiva, el método es una estrategia para conectar entre sí dimensiones disímiles, en las que integra lo empírico con lo simbólico, para producir conocimiento sin negar la contradicción ni la paradoja.

Así, mientras el positivismo apuesta por un camino claro y ordenado hacia la verdad, ya sea por la vía inductiva o deductiva, el materialismo histórico plantea que esa ruta está históricamente condicionada, y la teoría de la complejidad sostiene que no hay una dirección única, sino que hay que trazarla mientras se avanza, reconociendo que en lo real se superponen múltiples capas que no siempre se integran de forma armónica. Comprender estas tres nociones de método permite al investigador no solo elegir sus herramientas de análisis y explicación de lo percibido, sino también estar dispuesto a problematizarlas cuando la realidad no sea fácil de aprehender.

El diálogo entre los tres paradigmas metodológicos permitiría abordar la relación entre dinámica demográfica y modernización en Nariño desde una perspectiva más amplia, pero también más específica. El positivismo aporta las herramientas empíricas necesarias para describir, medir y falsear los cambios poblacionales a lo largo del tiempo (tasas de fecundidad, mortalidad, migración, crecimiento natural), así como para establecer tendencias y correlaciones con variables socioeconómicas, institucionales y agenciales.

Sin embargo, su potencial explicativo se amplía al integrarse con el materialismo histórico (Marx, 1971), que permite situar esos cambios dentro de procesos estructurales más profundos, vinculados con formas desiguales de desarrollo, con la configuración de las relaciones de producción y con la distribución del poder político y económico en el territorio nariñense.

En esta línea, De la Garza (2001 y 2005) aporta una lectura contemporánea del materialismo con su revisión del método configuracionista, que entiende que la realidad es un conjunto de articulaciones históricas específicas entre condiciones estructurales, prácticas sociales y significaciones subjetivas. Desde esta perspectiva, los fenómenos demográficos no se reducen a efectos de la estructura, sino que expresan procesos en los que los sujetos interpretan y promueven cambios en la sociedad, generando nuevas formas de organización, acción y adaptación frente a las tensiones de un proceso de modernización diferencial que se ve reflejado en el comportamiento diferencial de la dinámica de la población de la región.

Por su parte, la teoría de la complejidad ofrece un marco que posibilita comprender la coexistencia de dinámicas heterogéneas y no lineales en el proceso de modernización regional, que se percibe en la simultaneidad de avances tecnológicos y de persistencias tradicionales, de expansión urbana y precarización laboral, de movilidad demográfica y exclusión estructural. Desde esta óptica, los procesos demográficos no se conciben como respuestas mecánicas a causas económicas, sino como configuraciones emergentes donde interactúan factores materiales, culturales y simbólicos. La articulación crítica entre los tres paradigmas permite, en consecuencia, construir una explicación holística y contextualizada del modo en que la población y la modernización se co-determinan históricamente en un territorio periférico y en proceso de transición, como Nariño.

Aportes al diseño de investigación

Diseñar una investigación en ciencias sociales implica mucho más que definir un problema, establecer objetivos o seleccionar métodos y técnicas para alcanzarlos. Supone, ante todo, construir un horizonte de sentido desde el cual mirar la realidad, formular preguntas con alto grado de estructuración y decidir bajo qué lentes se va a interpretar y criticar. En este proceso, dichos marcos no solo orientan el

camino, sino que condicionan el tipo de conocimiento que es posible producir. El positivismo, el materialismo histórico y la teoría de la complejidad ofrecen claves distintas, y a la vez complementarias, para pensar ese momento crucial de la planificación y de la ejecución de un proyecto de investigación (tabla 2).

Desde la óptica positivista, el diseño investigativo parte de la necesidad de controlar las emociones, las creencias y las preconcepciones del investigador. La ciencia, como afirmaba Durkheim (1986), no puede construirse sobre conceptos formados fuera de ella. Por eso, el primer paso es desprenderse de las preconociones, ese “velo” que se interpone entre quien observa y quien es observado.

En consecuencia, el diseño debe partir de un problema delimitado, empíricamente verificable y formulado con precisión conceptual. Aquí la construcción del objeto exige definiciones operativas, indicadores medibles y una lógica de causalidad clara (Popper, 1972 y Boudon y Lazarsfeld, 1974). Este enfoque aporta orden, claridad y delimitación, lo cual es fundamental en estudios que requieren sistematización rigurosa, como los análisis sociodemográficos. Pero su exigencia de neutralidad también puede limitar la comprensión de dimensiones menos visibles u ocultas de los fenómenos que se encuentran detrás de este tipo de relaciones.

Popper (1973) concibe el diseño de una investigación social de otra manera dentro de la vertiente crítica del positivismo. Entiende que dicha estrategia es un proceso racional y crítico basado en la formulación de hipótesis audaces que deben someterse a rigurosas refutaciones a través de la experiencia empírica. Es conocido en esta corriente teórica y epistemológica conocida como “lógica situacional”, que enfatiza la importancia de analizar detalladamente las condiciones iniciales, el contexto social y los sujetos involucrados, a fin de construir explicaciones teórico-prácticas fundamentadas en el principio de racionalidad.

Su noción de método va en contra de planes holísticos y dogmáticos, que buscan captar una supuesta “esencia” de los fenómenos sociales. En su lugar, propone un enfoque nominalista que no revela sustancias ocultas, sino que utiliza definiciones y categorías pragmáticas para el desarrollo de teorías empíricas. Así mismo, aboga por una “ingeniería social gradual” (piecemeal social engineering) que busca transformaciones sociales progresivas, que le cierren el camino a grandes proyectos utópicos e imposibles de controlar de forma científica y que son tipificados por este autor dentro de lo que llamó “Ingeniería social utópica” (Popper, 2010, p. 15).

El materialismo histórico, por su parte, introduce una crítica frontal a la neutralidad epistemológica. Para esta corriente, el investigador no es un observador externo, sino un sujeto históricamente situado, atravesado por relaciones sociales, ideologías dominantes y conflictos. El diseño metodológico

que se aplica reconoce que la elección del objeto, los conceptos que lo definen y las preguntas que se formulan para investigarlo, están influidos por condiciones sociales determinadas, así como por la agencia de un sujeto transformador (Zuleta, 1990 y De La Garza 2005 y 2017). Aquí, conocer implica asumir una posición crítica, problematizar lo aparente e identificar las contradicciones que subyacen en los hechos. En consecuencia, la estrategia para producir conocimiento no parte de lo dado, sino que se construye a partir del análisis y la crítica.

Desde esta perspectiva, el materialismo histórico recuerda que el conocimiento no parte de un punto de origen abstracto o neutral, sino de la identificación de una realidad concreta, históricamente condicionada y, por ello mismo, susceptible de transformarse (Zuleta, 1972). Tal como lo proponen los seguidores de Gramsci, esta tarea requiere una mirada caleidoscópica, capaz de articular lo económico, lo político y lo cultural en su mutua interacción (Blanco, 2024). Esta orientación resulta especialmente pertinente cuando se indaga una relación estructural y profundamente politizada, como la que se establece entre población y modernización en territorios históricamente periféricos.

La teoría de la complejidad, en cambio, introduce un giro metodológico que invita a incorporar la incertidumbre, la ambigüedad y la dimensión emocional en el diseño de la investigación (tabla 2). A diferencia del positivismo, que excluye la subjetividad, y del materialismo histórico, que la inscribe en las estructuras macrohistóricas y en las tensiones entre estas y la acción de los sujetos, esta perspectiva busca comprender los procesos sociales desde su carácter sistémico, no lineal y multidimensional.

Según Morin (1990), el pensamiento complejo busca concebir la articulación entre lo uno y lo múltiple, entre lo local y lo global, integrando la incertidumbre y la contradicción como componentes del conocimiento. En la misma dirección, Prigogine (1997) afirma que los sistemas, sociales o naturales, se transforman de manera irreversible y abierta, en constante interacción entre orden y caos.

Para esta perspectiva teórica y metodológica, el investigador debe integrar el conocimiento científico con los saberes tradicionales, con la intuición, con el mito, con la experiencia vital, sin jerarquizarlos dogmática ni intuitivamente. Esta visión habilita un diseño de investigación que no se limite a lo mensurable, sino que incorpore testimonios, relatos, ambigüedades, e incluso vínculos afectivos con el objeto. Por lo tanto, el gusto o el compromiso del investigador con su objeto de estudio no es una amenaza para la objetividad, sino un componente vital del proceso de producción científica.²

2. Esto ya lo había anunciado Weber (1993) un siglo atrás, al manifestar que los valores son un criterio de selección del objeto de estudio.

Tabla 2. Concepción, naturaleza y aportes de los tres paradigmas al diseño metodológico

Paradigma	Concepción del diseño metodológico	Relación sujeto-objeto	Aportes específicos al diseño de investigación
Positivismo	El diseño se orienta a la comprobación empírica de hipótesis, a la búsqueda de regularidades observables y su crítica y refutación.	Separación entre sujeto y objeto o descartar sistemáticamente las prenociones.	Proporciona rigor en la formulación de hipótesis, operacionalización de conceptos, control de sesgos y generalización de resultados.
Materialismo histórico	El diseño se estructura desde la relación dialéctica entre estructura y acción, considerando la historicidad de los fenómenos.	El sujeto forma parte de la totalidad histórica o su conocimiento está mediado por las condiciones sociales.	Introduce la articulación entre teoría e historia; orienta el análisis hacia las estructuras de poder, conflicto y desigualdad. De estos cambios no quedan excluidos los sujetos que presionan dichas estructuras.
Teoría de la complejidad	El diseño se concibe como sistema abierto, flexible y adaptativo que reconoce la interacción entre múltiples niveles de realidad.	El sujeto es parte del sistema que observa produciendo conocimiento reflexivo y contextual.	Promueve diseños plurales y dinámicos; integra dimensiones cuantitativas y cualitativas; permite abordar fenómenos con múltiples escalas e interdependencias.

Fuente: elaboración propia

Además, los tres enfoques insisten, cada uno a su especificidad, en la necesidad de construir el objeto desde una perspectiva relacional. Para el positivismo, esto se expresa en la búsqueda de correspondencia funcional entre hechos y estructuras sociales (Durkheim, 1986). Sin embargo, la orientación crítica de esta perspectiva dirá que no existe un método científico estándar, sino un proceso lógico y reflexivo orientado a formular hipótesis, someterlas a prueba y corregirlas en el camino (Popper, 1980). Es una estrategia crítica, una forma de planear la ejecución de la investigación que gira en torno a la triada deducción de hipótesis, su contrastación y su falsación.

Para el materialismo histórico, se encuentra en la comprensión del objeto como una red de articulaciones conflictivas entre clases, estructuras económicas e instituciones, así como entre los sujetos y las estructuras que los oprimen (Marx, 1971; De La Garza, 2005). Y para la complejidad, se puede evidenciar en la observación de sistemas abiertos donde coexisten lo incierto, lo ambiguo, lo contradictorio, lo estructurado y lo desestructurado (Morin, 1990).

En consecuencia, un diseño metodológico que pretenda estudiar la relación entre dinámica demográfica y modernización en Nariño no puede limitarse a una estrategia única. Necesita, como sugiere la teoría de la complejidad, moverse entre niveles, combinar diseño y abrirse sin prevenciones a la contradicción y a la falsación. Debe observar los patrones estadísticos, pero también las historias de vida. Es necesario que se centre en los censos, pero también en recorrer los territorios y en entender la concepción que las comunidades han construido alrededor de estos. Está convidado a trazar categorías, pero, al mismo tiempo, está dispuesto a transformarlas cuando la realidad no encaje en ellas. Porque diseñar una investigación no es solo planear un camino, es la posibilidad de modificarlo mientras se conoce.

Explicación y análisis de los fenómenos sociales

Explicar y analizar constituyen acciones fundamentales en toda investigación social, aunque su sentido varía según el paradigma desde el cual se las aplique. Explicar no comporta únicamente identificar causas o establecer correlaciones estadísticas, sino también dotar de sentido a lo observado, reconocer sus múltiples determinaciones y situar la percepción dentro de un entramado más amplio de relaciones.

Analizar, por su parte, no se reduce a descomponer un fenómeno en sus partes, sino también a reconstruir una visión más clara, estructurada y coherente de la realidad. En estos puntos, el positivismo, el materialismo histórico y la teoría de la complejidad ofrecen perspectivas diferentes, pero potencialmente

complementarias, para afrontar el desafío de producir conocimiento sobre la relación considerada.

Desde el positivismo, la explicación se concibe como la búsqueda de la causa eficiente que da origen a un hecho. En esta línea, Durkheim (1986) sostenía que todo hecho social debe ser explicado por la organización social, y que la tarea del investigador es identificar la función que cumple dentro de este agregado. Este modelo causal-funcional exige definir con precisión qué se va a explicar, aislar la variable dependiente y buscar, a través de la observación comparada, aquella condición que la genera.

La explicación, así entendida, tiene un carácter monocausal, que permite establecer regularidades empíricas. Aunque esta lógica puede parecer limitada ante fenómenos complejos, resulta útil para identificar patrones y relaciones consistentes, sobre todo en estudios demográficos o estructurales, donde los datos cuantitativos permiten cierto grado de generalización.

Karl Popper (1973) entendió la explicación de un modo diferente al de Durkheim. La concebía como un proceso científico basado en la formulación y refutación de hipótesis mediante el método de la falsación. Por esta razón, pensaba que la producción de conocimiento científico es provisional y se construye a partir de conjeturas que deben ser contrastadas y refutadas empíricamente. Esto también aplica para las ciencias sociales, dado que los fenómenos que estudia implican el planteamiento de teorías o hipótesis que generan enunciados observables que pueden ponerse a prueba y, en caso de no cumplirse, deben ser refutados o abolidos.

Bajo esta lógica, al igual que en la experimentación científica, al observar la sociedad es necesario aplicar la crítica racional, el método de prueba y error, y la búsqueda de leyes universales o tendencias que permitan generalizar los hallazgos. Sin embargo, sostenía que es importante tener presente que esta validez externa no implica la posibilidad de predecir con precisión acontecimientos futuros a partir de lo teorizado sobre el pasado y sobre el presente.

Sin embargo, se distancia de las ciencias experimentales al formular lo que denominó “lógica situacional” (p. 53). Este método consiste en observar detalladamente la situación concreta que enfrenta un agente social (su contexto, objetivos y restricciones) para comprender y explicar su conducta. Se basa en la suposición de que los individuos actúan racionalmente conforme a las condiciones específicas en que se encuentran imbricados.

A partir de esta descripción, el investigador intenta construir modelos racionales de conducta que permitan explicar por qué el agente tomó determinada

acción en esa situación concreta. Es decir, se trata de un resultado de la contrastación empírica, pero que no reduce la explicación a un tratamiento cuantitativo rígido, sino que la amplía hacia la mixtura que trazan la lógica racional y la metodología falsacionista.

En contraste, para el materialismo histórico y sus continuadores no existe la idea de determinismo ni de pretensión de neutralidad en la explicación. Así las cosas, los fenómenos sociales no se explican por una sola variable, sino por el conjunto de relaciones que emergen de las condiciones materiales de existencia. Las causas no son externas ni accidentales, sino históricamente determinadas por la estructura social y, más específicamente, por el modo de producción (Marx, 1971).

Sin embargo, como advierte De la Garza (2005), inspirado en Gramsci y Thompson, esta estructura no debe entenderse como un marco cerrado que determina mecánicamente la acción social, sino como un campo de relaciones en permanente disputa. En este sentido, los sujetos no se ciñen a reproducir las condiciones existentes, sino que, a través de su práctica y de su experiencia histórica, presionan los límites estructurales y generan transformaciones que reconfiguran la totalidad social (Tabla 3).

Esta perspectiva también concibe la explicación como una operación crítica orientada a desnaturalizar lo aparente y revelar las contradicciones estructurales que objetivan una formación social (Zuleta, 1990). En este sentido, lo que se presenta a la observación como apariencia o como fachada es, en realidad, un producto de tensiones internas, conflictos y determinaciones derivadas del dinamismo de las fuerzas productivas. Dichas tensiones obligan a que las relaciones de producción experimenten transformaciones cualitativas que reflejan el carácter contradictorio y variable de la estructura social.

En la misma línea, De la Garza Toledo (2005 y 2010) profundiza esta concepción al señalar que la causalidad no puede reducirse a la estructura, sino que debe entenderse como una articulación dinámica entre las condiciones objetivas, la acción de los sujetos y su subjetividad. Desde su perspectiva, la estructura condiciona, pero no determina de manera absoluta, pues los sujetos interpretan esas condiciones, las resignifican y actúan sobre ellas, generando nuevas configuraciones sociales.

La explicación, entonces, no se limita a describir relaciones de dependencia o causalidad lineal, también incorpora la dimensión simbólica y práctica de la experiencia, donde la acción humana interviene activamente en la reproducción y transformación de la vida social.

Una posición similar plantea la teoría de la complejidad, que también entiende que la explicación no se reduce ni al determinismo estructural ni al monocausalismo empírico, pero, al mismo tiempo, se distancia del materialismo histórico, pues amplía esta noción añadiéndole elementos de la realidad social que implican novedad, contingencia y un espíritu de aprestamiento, como son lo incierto, lo ambiguo y lo contradictorio. Morin (1990) propone una lógica explicativa que asume simultáneamente el orden y el desorden, la certeza y la ambigüedad, lo cuantificable y lo simbólico.

Desde esta perspectiva, que coincide parcialmente con la formulada por Popper (1973), explicar un fenómeno implica comprender la interacción entre distintos niveles, biológico, social, histórico y subjetivo, que conforman una red de interdependencias irreductible a una única causa o a una estructura cerrada. Entonces, la explicación no busca clausurar el sentido del fenómeno, sino abrirlo a la posibilidad de múltiples interpretaciones, todas ellas situadas, provisionales y susceptibles de crítica y revisión constante.

Como afirma Morin (2001), *“la ciencia antro-po-social necesita articularse a la ciencia de la naturaleza, y esta articulación requiere una reorganización de la estructura misma del saber”* (p. 22). Esta propuesta evidencia que el pensamiento complejo no busca la unificación reductora de los saberes, sino su articulación en torno a la diversidad, la incertidumbre y la complementariedad.

Los tres enfoques también ofrecen concepciones distintas sobre lo que significa analizar. Para el positivismo, el análisis consiste en descomponer un hecho en sus elementos más simples y luego reensamblarlos con el fin de clasificarlos en tipos o en especies sociales, con el objeto de conocer su estructura y su evolución (Durkheim, 1982).

Desde la perspectiva crítica de esta escuela epistemológica y sociológica, Popper (1973) sostiene que el análisis consiste en formular conjeturas o hipótesis sometidas continuamente a la crítica racional, al proceso de prueba y error, y a la deducción lógica. La validez científica radica en la capacidad de una hipótesis para ser potencialmente falseada, así como en el progreso científico que se construye mediante la eliminación de afirmaciones erróneas. Según Popper, el análisis en la investigación no está relacionado con la inducción, como proponía Durkheim (1982), sino que plantea la lógica de la investigación científica como un procedimiento racional para contrastar teorías con la experiencia, privilegiando la refutación por encima de la confirmación.

Tabla 3. El análisis, la explicación, su relación y su aporte

Paradigma	Concepción de la explicación	Concepción del análisis	Relación entre ambos procesos	Aportes específicos a la comprensión de lo social
Positivismo	Explicar es identificar causas y relaciones estables entre variables. Busca generalizar leyes sociales provisionales relativas basadas en la observación empírica.	Analizar consiste en descomponer el fenómeno en sus partes para medir, comparar y clasificar.	La explicación surge de la recomposición lógica de los datos analizados; se privilegia la objetividad y la predicción.	Aporta claridad metodológica, control empírico y capacidad de generalización; permite establecer tendencias poblacionales y correlaciones cuantificables.
Materialismo histórico	Explicar implica revelar las contradicciones internas de los procesos históricos y las condiciones materiales que los generan.	Analizar supone reconstruir el fenómeno desde la relación dialéctica concreto–abstracto–concreto, integrando estructura, acción y subjetividad.	Ambos procesos son parte de una praxis crítica: la explicación se construye al descubrir lo que las apariencias naturalizan.	Permite entender los hechos sociales como resultado de luchas, conflictos y desigualdades; introduce la dimensión transformadora del conocimiento.

Paradigma	Concepción de la explicación	Concepción del análisis	Relación entre ambos procesos	Aportes específicos a la comprensión de lo social
Teoría de la complejidad	Explicar es reconocer patrones emergentes e interacciones no lineales entre sistemas abiertos. No busca leyes, sino configuraciones dinámicas.	Analizar consiste en explorar las interdependencias entre niveles y dimensiones (material, simbólico, ecológico, institucional).	La explicación se construye a partir del diálogo entre orden y desorden, certeza e incertidumbre.	Amplía la mirada sobre la causalidad; incorpora la contingencia, la autoorganización y la coevolución como claves interpretativas.
S í n t e s i s integradora	La explicación y el análisis se conciben como procesos complementarios que articulan causalidad, contradicción y complejidad.	Ambos permiten reconstruir el sentido de los fenómenos sociales desde una lógica relacional y abierta.	El conocimiento se entiende como resultado de la interacción entre sujeto, estructura y contexto.	Posibilita una comprensión crítica y multidimensional de la realidad social, sensible a su historicidad, pluralidad e incertidumbre.

Fuente: Elaboración propia

Para el materialismo histórico, por su parte, este – el análisis – se desarrolla mediante la espiral concreto–abstracto–concreto, en la que las teorías y los conceptos son sometidos a contrastación empírica y reformulados conforme cambian las relaciones sociales de producción y las fuerzas productivas que las determinan a lo largo de la historia de la sociedad (Marx, 1971).

En esta misma línea, el método configuracionista propone que el análisis no se limite a la verificación o falsificación de hipótesis cerradas, como plantea Popper, sino que se enfoque en la reconstrucción teórica de las configuraciones sociales, donde agentes y estructuras se afectan mutuamente (De La Garza, 2005 y 2017). Este enfoque resalta el carácter histórico, concreto y abierto de la realidad social, por lo cual el análisis procura revelar las relaciones esenciales y las tensiones internas propias de cada configuración social, empleando estrategias tanto cualitativas como cuantitativas.

Además, esta metodología coloca al sujeto en el centro del análisis, considerando sus acciones como prueba práctica de la validez del conocimiento, lo que integra una dimensión política y reflexiva en el análisis social. La construcción teórica se confirma en función del éxito o el fracaso de los sujetos en su acción transformadora dentro de las estructuras sociales que los oprimen.

Por su parte, la teoría de la complejidad trasciende lo evidente al emprender el análisis, ya que implica indagar lo oculto, rastrear conexiones inesperadas y reconocer la interacción entre distintos niveles de la realidad (Morin, 1990). Esta perspectiva resulta especialmente pertinente para el estudio de fenómenos en los que convergen dimensiones objetivas y simbólicas, como la relación entre la dinámica poblacional y la modernización.

En estos casos, interactúan variables observables, como las tasas de fecundidad, mortalidad o migración; la estructura económica; el nivel educativo; la afiliación al sistema de salud; y la autonomía de las mujeres en sus decisiones sexuales y reproductivas, con otras más sutiles, como los valores, las narrativas culturales, las acciones y los imaginarios colectivos que moldean el comportamiento social.

De este diálogo entre paradigmas metodológicos se desprende una enseñanza fundamental para el diseño y desarrollo de una investigación social y demográfica: no existe una única manera válida de explicar o analizar un fenómeno, pero toda explicación y análisis requieren un esfuerzo constante por superar la superficialidad. En una época caracterizada por la sobreinformación, los datos no se comprenden por sí solos. Lo esencial no es solo recopilar cifras sobre dicha relación, sino interpretarlas críticamente, generando un espacio de posibilidades marcado por la generalización, la incertidumbre, la crítica y lo inesperado.

Las leyes científicas y sus límites

El tema de las leyes científicas ha sido, históricamente, uno de los puntos de mayor tensión entre estos paradigmas teóricos y metodológicos de las ciencias sociales (Mardones, 2001). Para superar de algún modo esta fricción, valdría la pena preguntarse: ¿Es posible formular leyes universales en el estudio de lo humano? ¿Hasta qué punto una regularidad empírica puede ser considerada una verdad científica? ¿Qué papel juegan la historia, la cultura o la singularidad de los sujetos en la construcción del conocimiento? Las respuestas a estas preguntas difieren según el enfoque metodológico adoptado, y cada uno, el positivismo, el materialismo histórico y la teoría de la complejidad (tabla 4), ofrece un marco desde el cual pensar las posibilidades, las bondades y límites de las generalizaciones y las verdades irrefutables en esta área del conocimiento.

Para el positivismo, el ideal científico radica en la formulación de leyes generales que permitan explicar y predecir fenómenos sociales. Comte sostenía que el conocimiento científico debía fundamentarse en la observación, la comparación, la experimentación y la investigación histórica, con el propósito de establecer relaciones constantes entre los hechos (Comte, 1979), cosa que nunca aplicó. Según este pensador, el resultado de estas operaciones científicas implicaba la formulación de leyes absolutas o invariables, cuyo objetivo no solo era conocer el funcionamiento de la sociedad, sino también garantizar un orden racional en su estudio, el cual debía asimilarse al método de las ciencias naturales.

Por el contrario, Durkheim (1986), heredero crítico de la tradición epistemológica y metodológica de Comte, sostuvo que era posible identificar “leyes sociales” siempre y cuando se aplicara una metodología rigurosa, se eliminaran las preconcepciones y se tratara la realidad social como un hecho concreto mediante el uso de la estadística. Sin embargo, reconoció que las leyes sociales que se pueden derivar a partir del análisis cuantitativo no necesariamente se replican de forma idéntica o con la misma rapidez en sociedades distintas a las que observó, dado que cada contexto social posee sus propias particularidades que afectan la variación de la medición de los hechos sociales (Durkheim, 2013).

Por ejemplo, en su obra clásica *El Suicidio* (1897), Durkheim aplica un método sociológico riguroso basado en el análisis empírico de datos estadísticos sobre tasas de suicidio en diferentes sociedades, para evidenciar las condiciones sociales que influyen en dichos guarismos. En la variante egoísta de esta causa de muerte, la sociedad desempeña un doble papel: actúa como causa y remedio simultáneamente.

Por un lado, la falta de integración social y la excesiva afirmación del yo individual impulsan a los individuos a esta acción; por otro, medios sociales como

la filiación religiosa, la comunidad doméstica y la comunidad política funcionan como mecanismos de protección que disuaden a quienes contemplan esta forma de morir. Este clásico de la sociología demuestra que la integración social es un factor crucial para entender la variación en las tasas de suicidio, estableciendo que la explicación sociológica no puede reducirse a la psicología individual, sino que debe considerar los hechos sociales como fenómenos exteriores a los individuos que ejercen una influencia real sobre ellos.

No obstante, esta teoría presenta limitaciones para comprender fenómenos en sociedades marcadas por condiciones como la pobreza, la precariedad educativa y la ausencia de programas formativos que preparen, especialmente a las generaciones jóvenes, para afrontar de manera reflexiva y resiliente los conflictos y desafíos inherentes a la vida social actual. Esta “normalidad”, en el sentido durkheimiano, se vincula con la persistencia de una violencia estructural y un conflicto armado histórico que han penetrado profundamente en la conciencia colectiva. La presión derivada de este entramado de sufrimientos y carencias puede volverse tan insoportable que, en ciertos casos, la autoeliminación aparece como la única salida para poner fin al dolor generado por tales condiciones.

El enfoque de Popper (1973 y 1980), aunque opuesto en sentido, sostiene que la ley científica se define por el criterio de falsabilidad, que implica que toda ley o teoría científica debe ser, en principio, susceptible de refutación mediante la observación o la experimentación. Sin superar esta fase del método hipotético-deductivo, el progreso científico se detiene. Si una tesis no se verifica ni confirma, y las conjeturas no son sometidas a crítica racional y al proceso de prueba y error para detectar posibles fallos, el resultado es claro: la investigación no avanza.

Por tanto, en su opinión, una ley científica es aquella que plantea enunciados observables que pueden ser refutados mediante hechos empíricos; si una teoría no puede ser falsada, no pertenece al ámbito de la ciencia, sino al de la metafísica o al de otros discursos no científicos. Así, la falsabilidad se constituye como el criterio de demarcación central entre lo científico y lo no científico, privilegiando la refutación sobre la confirmación y entendiendo el progreso científico como resultado de la eliminación continua de conjeturas erróneas o que no se ven reflejadas en la realidad.

Desde el materialismo histórico, la idea de ley científica no se abandona, pero se redefine. Para Marx (1973), las leyes sociales no son universales en un sentido atemporal, sino que expresan las determinaciones históricas de una formación social concreta. Las leyes que rigen la sociedad capitalista no pueden aplicarse mecánicamente a otros modos de producción, porque cada uno responde

a estructuras de poder, conflicto y transformación situadas en la historia de la producción material.

Como lo planteó Zuleta (1990), la ciencia no busca repetir regularidades externas, sino develar las determinaciones internas de los procesos históricos. Así, las leyes en el materialismo histórico no son fórmulas fijas, sino expresiones del movimiento contradictorio de la historia. Su validez es relativa en el tiempo y en el espacio, y su función no es predecir, sino comprender críticamente las condiciones que dan origen a los fenómenos, como la lucha de clases, la alienación y la plusvalía. Desde esta perspectiva, una ley que no remita a las relaciones de producción o a las tensiones sociales que la generan, no es más que una simple ilusión.

En la misma línea, De la Garza (2001 y 2005) complementa esta concepción al señalar que las determinaciones históricas no pueden comprenderse exclusivamente desde una postura materialista y estructural, sino a partir de su articulación con la acción social y la subjetividad. En su interpretación, las leyes sociales expresan tendencias históricas más que regularidades inmutables, que, más bien, son el resultado de la interacción de la forma como los sujetos experimentan las condiciones objetivas, las prácticas simbólicas y el interés por la transformación de la organización social en la que se encuentran incrustados.

En consecuencia, la explicación crítica debe incorporar la dimensión hermenéutica y configuracional de los procesos sociales, entendiendo que las estructuras no actúan por sí mismas, sino a través de sujetos que las reproducen o que impulsan su cambio. De esta manera, el conocimiento histórico no se limita a revelar las contradicciones de la totalidad, sino que busca comprender cómo los actores sociales reconfiguran el sentido y las formas de esa totalidad en contextos dinámicos, diversos y variables.

En cambio, la teoría de la complejidad plantea una postura más escéptica y flexible frente a la posibilidad de formular leyes universales en el estudio de lo social. Morin (1990) sostiene que la realidad social está compuesta por sujetos, contextos, simbolismos y contingencias que desafían cualquier pretensión de generalización de la observación. Para este enfoque metodológico, las leyes rígidas resultan problemáticas porque simplifican lo diverso, ignoran las excepciones particulares y tienden a excluir lo no cuantificable.

En lugar de buscar leyes universales, la teoría de la complejidad invita a pensar en configuraciones recurrentes, como patrones que emergen, se transforman y que se repiten, aunque nunca de la misma forma, y cuya comprensión exige atender simultáneamente al orden y al desorden, a la norma y su excepción.

Como lo expone Edgar Morin (2001), la realidad social se encuentra atravesada por una dialéctica entre orden, desorden y organización, lo que implica reconocer que los procesos sociales no se desarrollan de manera lineal, sino a través de fluctuaciones, rupturas y reorganizaciones sucesivas. Esta perspectiva reconoce la complejidad inherente a las dinámicas sociales, por lo que se aleja de las visiones simplistas y deterministas.

En esta misma línea, Prigogine (1996) advierte que las sociedades se asemejan a sistemas alejados del equilibrio, debido a que los sujetos son históricos y creativos, cualidades que desafían cualquier intento de regularidad. Este pensador ruso resalta que el conocimiento producido socialmente está marcado por la irreversibilidad de los procesos y la constante posibilidad de novedad y de sorpresa, subrayando así la naturaleza dinámica, impredecible y creativa que se encuentra inmersa en los fenómenos sociales.

Los tres enfoques, en su conjunto, aportan perspectivas fundamentales para comprender la complejidad y el dinamismo inherentes a los fenómenos sociales contemporáneos, proponiendo una metodología abierta que integra procesos emergentes y contradicciones, que se encuentran enlazados con transformaciones constantes (tabla 4).

Esta perspectiva resulta especialmente útil cuando se estudian fenómenos en los que las variables no se comportan de forma predecible o estable, como ocurre con los procesos de cambio demográfico y modernización en contextos locales diversos, donde las transformaciones obedecen tanto a regularidades estructurales como a emergencias contingentes, interacciones no lineales y bifurcaciones históricas que alteran constantemente los equilibrios sociales.

Así, mientras el positivismo concibe la ley como el horizonte del conocimiento que es posible falsear, el materialismo histórico la entiende como una expresión crítica de relaciones sociales específicas, en las que los sujetos sostienen y presionan dichas estructuras. Por su parte, la teoría de la complejidad convierte esta posibilidad en una condición siempre abierta a revisión. Ninguna de estas perspectivas queda descartada como marco metodológico en una investigación que aborda un problema con un alcance correlacional (tabla 3).

Cada una aporta una forma distinta de entender cómo se produce conocimiento sensorial, simbólico y racional en las ciencias sociales. Sin embargo, lo que sí parece claro es que las leyes, entendidas como fórmulas cerradas e invariables, se enfrentan a serios límites cuando se enfrentan a la riqueza, contradicción e imprevisibilidad del mundo social.

Tabla 4. Concepción, fundamento, crítica y aportes de los tres paradigmas a las leyes científicas

Paradigma	Concepción de ley científica	Fundamento epistemológico	Límites o críticas principales	Aportes a la comprensión de los fenómenos sociales
Positivismo	La ley es una regularidad empírica universal que permite explicar, prever y controlar. También puede entenderse como un conjunto de enunciados sometidos a pruebas para encontrar su fallo.	Se basa en la observación objetiva, la verificación y la neutralidad valorativa del investigador.	Tiende al determinismo y reduccionismo, al ignorar la historicidad, la subjetividad y el conflicto social.	Proporciona modelos de medición y predicción útiles para analizar tendencias demográficas y sociales; además, aporta claridad en la formulación de hipótesis.
Materialismo histórico	La ley expresa las tendencias históricas derivadas de las contradicciones entre fuerzas productivas y relaciones sociales de producción.	El conocimiento es histórico y se construye desde las condiciones materiales y la praxis humana.	Rechaza las leyes universales y atemporales; su validez es contextual y relativa al desarrollo de las formaciones sociales.	Permite explicar los procesos sociales como resultado de la lucha de clases y de las transformaciones estructurales; introduce la noción de cambio histórico.
Teoría de la complejidad	Sustituye la idea de ley por la de configuraciones recurrentes o patrones emergentes que se autoorganizan.	Asume una epistemología de la incertidumbre: los sistemas sociales son abiertos, no lineales y sensibles a las condiciones iniciales.	Niega la posibilidad de leyes universales o predictivas; todo conocimiento es provisional, relacional y contextual.	Propone una comprensión dinámica y adaptativa de lo social; reconoce la coexistencia del orden y el desorden como fuentes de innovación y transformación.

Fuente: Elaboración propia

En el caso particular de investigaciones como la que se ejemplifica en este caso, centrada en las transformaciones demográficas de una región atravesada por múltiples desigualdades, resulta más pertinente concebir las leyes no como verdades absolutas, sino como hipótesis provisionales, abiertas a la crítica, a la variabilidad del contexto y a la falsación, tal como lo proponía Karl Popper (1973). Desde su propia naturaleza, las ciencias sociales no pueden renunciar a la tarea de revisarse, corregir el rumbo y escuchar críticamente las voces que desbordan la regularidad.

Hacia un enfoque relacional de la investigación social

El recorrido realizado a lo largo de este texto permite comprender que la investigación social no puede reducirse a la aplicación de un conjunto de procedimientos o técnicas, sino que constituye un modo particular de relacionarse con el mundo. El conocimiento no surge de la neutralidad ni del aislamiento del sujeto que observa, sino del diálogo constante entre teorías, contextos y experiencias. En este sentido, más que buscar un método universal, lo que este campo del saber humano necesita es un enfoque relacional, capaz de articular distintos niveles de comprensión, empírico, histórico, estructural y simbólico, dentro de una lógica abierta y reflexiva.

Este enfoque relacional no parte de la negación de los paradigmas clásicos, sino de su reconocimiento como fuentes complementarias. El positivismo, el materialismo histórico y la teoría de la complejidad representan, más que sistemas cerrados, horizontes de entendimiento de la realidad social y de la construcción de un camino para su transformación. En lugar de optar por uno de ellos, se trata de pensar sus vínculos, de explorar las zonas de intersección donde la explicación causal se encuentra con la crítica histórica y con la comprensión de los procesos emergentes.

Desde esta perspectiva, la tarea del investigador consiste en mantener abierto el diálogo entre paradigmas, evitando tanto el dogmatismo como el eclecticismo. Articular no significa yuxtaponer, sino establecer conexiones dinámicas entre formas diversas de conocer. Así, el rigor positivista puede convivir con la crítica histórica del materialismo y con la apertura epistémica de la complejidad, siempre que se reconozca que cada mirada responde a una dimensión distinta de lo real.

El enfoque relacional permite concebir la investigación como un proceso de reensamblaje del conocimiento. Medir, interpretar, comprender, criticar, proponer no son momentos excluyentes, sino fases interdependientes de un mismo movimiento metodológico y técnico que tiene como meta el cumplimiento de un conjunto de objetivos.

El análisis estadístico de los hechos sociales, por ejemplo, adquiere sentido cuando se vincula con las estructuras históricas que los condicionan y con los procesos culturales que los dotan de significado. De manera análoga, la lectura de las contradicciones sociales se enriquece al incorporar los mecanismos de retroalimentación y emergencia que la complejidad hace visibles (De La Garza, 2017).

En este marco, el objeto de estudio deja de ser una entidad aislada para convertirse en una red de relaciones, en la que intervienen dimensiones económicas, políticas, culturales y ambientales (Rubiano y González, 2009). Comprender la dinámica demográfica y la modernización en contextos periféricos, por ejemplo, no supone analizar tasas o índices de manera fragmentada, sino observar cómo interactúan los procesos de cambio productivo, los desplazamientos poblacionales, las transformaciones familiares y los imaginarios colectivos en sociedades donde conviven en un mismo tiempo y espacio el progreso con el estancamiento. Cada fenómeno se entiende entonces como una configuración donde convergen causalidades múltiples, tensiones estructurales y emergencias impredecibles.

Este modo de aproximarse a la realidad exige también una reflexividad epistemológica permanente. El investigador no se sitúa fuera de lo que estudia, sino que forma parte de la red que intenta comprender. Sus categorías, hipótesis y técnicas no son neutrales, sino construcciones biográficas, históricas y culturales que median su relación con el objeto de estudio. Reconocer esto no debilita la investigación, por el contrario, la fortalece, pues despierta la conciencia crítica sobre los límites y alcances del conocimiento.

El enfoque relacional, en consecuencia, no busca sustituir los paradigmas existentes, sino proponer una epistemología del pensamiento sociodemográfico. Un análisis de la estructura y evolución del conocimiento que reconozca que lo que anteriormente se encontraba en posiciones opuestas y distantes, se ha unido. Esto ratifica lo que ya venía teorizando Popper (1973) cuando afirmaba que el conocimiento no puede concebirse como un sistema cerrado de verdades, sino como un proceso inacabado de búsqueda, revisión y corrección permanente. En esa apertura reside su potencia transformadora.

De esta manera, la investigación social se entiende como una práctica de articulación; es decir, como relacionamiento entre teoría y praxis, entre pasado, presente y porvenir, entre descripción y liberación, entre método y compromiso. Cada uno de los paradigmas aporta una dimensión de esa articulación: el positivismo enseña la disciplina de observar con precisión y crítica; el materialismo histórico, la necesidad de situar los hechos en su contexto donde los sujetos presionan su cambio; la complejidad, la humildad epistemológica de aceptar la incertidumbre

como parte de la realidad. Su encuentro no pretende resolver las tensiones, sino mantenerlas activas como condición del pensamiento.

En última instancia, el enfoque relacional propone una ciencia social más consciente de sus mediaciones, más crítica de sus certezas y más sensible a la pluralidad del mundo humano. La investigación deja de ser la búsqueda de leyes universales para convertirse en una práctica de comprensión situada. Lo que se busca no es clausurar el sentido, sino abrirlo; no imponer una sola mirada, sino generar un espacio donde distintas formas de conocimiento puedan encontrarse, dialogar e interactuar.

Así entendida, la metodología se convierte en un ejercicio de pensamiento y de responsabilidad. No es una fase instrumental del proceso científico, sino su vida; o, dicho de otro modo, es el lugar donde se decide cómo y con qué propósito analizar y explicar. En tiempos en que la fragmentación del saber amenaza con disolver los vínculos entre conocimiento y realidad, la apuesta por un enfoque relacional reafirma que el sentido de investigar radica, precisamente, en mantener unidos los hilos dispersos de lo social para devolverle al conocimiento su capacidad de comprender, de criticar, de transformar y de fluir en la investigación.

Conclusiones

La reflexión metodológica emprendida en este artículo ha dejado en evidencia que cada enfoque, el positivismo, el materialismo histórico y la teoría de la complejidad, responde a concepciones distintas sobre qué es conocer, cómo se produce el conocimiento en las ciencias sociales y cuál es su validez. Estas diferencias no son solamente técnicas o epistemológicas, sino profundamente filosóficas, y tocan aspectos tan esenciales como la relación entre sujeto y objeto, la posibilidad de la objetividad, el papel de la historia, el sentido de la explicación y los límites de la ley científica.

Una de las principales conclusiones que se desprenden de este recorrido es que no resulta posible, ni epistemológica ni éticamente, mantener la existencia de un único método válido para la investigación social. Frente a fenómenos complejos, dinámicos y multidimensionales, como la relación entre dinámica demográfica y modernización en Nariño, una sola forma de producir conocimiento es insuficiente. Más que optar entre paradigmas, el desafío consiste en articularlos críticamente, reconociendo tanto sus complementariedades como sus tensiones, sus órdenes y desórdenes, sus continuidades y rupturas. Solo una mirada abierta a la pluralidad epistemológica permite abordar la complejidad de lo social sin reducirla ni fragmentarla.

Del positivismo, como propuso Durkheim (1986), queda la insistencia en tratar los hechos sociales como cosas, es decir, como realidades objetivas que deben ser estudiadas de manera objetiva y con el rigor del método científico ajustado a la naturaleza de su objeto de estudio. Esta exigencia sigue siendo fundamental para el diseño empírico de cualquier investigación, sobre todo cuando se manejan datos cuantitativos, como ocurre en el estudio de tendencias demográficas.

Además, aporta claridad conceptual, disciplina metodológica y criterios de verificación que ayudan a sostener la coherencia de una investigación. Sin embargo, como lo advierte Popper (1973), el verdadero valor del método científico no radica en su capacidad de confirmar, sino en su apertura a la crítica y a la falsación. En este punto, el positivismo tradicional muestra sus límites cuando se enfrenta a fenómenos que no pueden ser explicados por una sola causa ni reducidos a correlaciones estadísticas.

El materialismo histórico, por su parte, ofrece un marco que permite profundizar en las estructuras de poder, conflicto y desigualdad que configuran los hechos sociales. Como lo señaló Marx (1971), la historia no avanza armónicamente, sino que cambia a través de la contradicción, y es precisamente desde ese movimiento conflictivo que se comprenden los procesos sociales. La investigación, entonces, no puede limitarse a describir regularidades; debe interpretar las tensiones históricas que las sostienen. En este sentido, Zuleta (1990) recordaba, siguiendo a Marx, que el método es inseparable del objeto y que su función crítica consiste en descubrir lo que las apariencias tienden a naturalizar.

De la Garza (2001 y 2005) amplía esta tradición al proponer una interpretación del materialismo histórico renovado que incorpora la subjetividad, la acción y la configuración social concreta como dimensiones centrales del análisis. Inspirado en Gramsci, Lukács y Thompson, sostiene que las estructuras no existen fuera de las prácticas que las producen y las transforman, y que las leyes históricas no son determinaciones cerradas, sino tendencias en permanente reconfiguración.

Desde esta perspectiva, comprender los procesos sociales exige analizar las articulaciones cambiantes entre las condiciones materiales, las formas de conciencia y las prácticas de los actores. En contextos como el de Nariño, donde los procesos de modernización han sido desiguales y fragmentarios, esta mirada resulta especialmente fecunda para explicar cómo las relaciones entre población, territorio, economía y política se han configurado históricamente a través de conflictos, acciones y estrategias de los sujetos sociales.

La teoría de la complejidad, a su vez, introduce una ruptura metodológica que resulta profundamente contemporánea, ya que frente a los intentos de

reducir lo social a una estructura o a una ley, propone pensar lo incierto, lo contradictorio y lo múltiple como condiciones propias del conocimiento y de la realidad que busca teorizar. Para Morin (1990), la ciencia no puede seguir funcionando bajo la ilusión de una racionalidad pura y lineal, porque la realidad misma es desordenada, ambigua y atravesada por múltiples dimensiones que operan de manera simultánea.

En esta clave, el método ya no es una receta ni un protocolo, sino una estrategia flexible que integra saberes diversos, subjetividades, emociones, memorias y saberes no científicos. Esta perspectiva no niega la necesidad de rigor, pero redefine su propósito. Es decir, ser riguroso no significa ser rígido, sino estar abierto a la novedad, al cambio y a la incomodidad.

En conjunto, los tres enfoques invitan a repensar la práctica investigativa no como un procedimiento neutro, sino como una posición frente al mundo, y a las diferentes formas de conocerlo y aprehenderlo. Lejos de excluirse mutuamente, estos enfoques pueden dialogar en una pesquisa que tome en serio la pluralidad metodológica, así como la necesidad de responder a objetos de estudio cada vez más intrincados. Como lo sugiere Bourdieu (1995), el investigador social debe estar dispuesto a asumir la tensión entre la necesidad de construir categorías estables y la obligación de deconstruirlas constantemente a la luz de nuevas evidencias, lecturas y propuestas conceptuales renovadas.

Aplicado al estudio de la dinámica demográfica en relación con los procesos de modernización en Nariño, este recorrido metodológico evidencia que una mirada exclusivamente estadística significa reducir el análisis, la explicación y la generalización a procesos meramente operativos e instrumentales. Comprender las transformaciones poblacionales exige situarlas en los marcos históricos que las comportan, así como considerar las condiciones sociales, culturales, institucionales y ambientales que inciden en su dinámica. Asimismo, es indispensable atender a las formas en que estos procesos son vividos, narrados y resignificados por los sujetos, cuyas experiencias y representaciones otorgan sentido social a la articulación de dichos procesos.

En suma, el principal aporte de esta reflexión es de carácter metodológico, entendido en su sentido más amplio, pues busca recordar que investigar no consiste únicamente en aplicar técnicas, sino en construir, con responsabilidad crítica, la forma en que se decide mirar, explicar y transformar la realidad social. La metodología, cuando se asume con compromiso epistemológico y ético, deja de ser una etapa del proceso investigativo para convertirse en su columna vertebral; algo así como su eje que articula teoría y realidad, observación y sentido, conocimiento y acción.

Referencias

- Berman, M (1998). *Todo lo solido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. [https://redmovimientos.mx/wp-content/uploads/2020/08/Todo-lo-s %C3 %B3lido-se-desvanece-en-el-aire.pdf](https://redmovimientos.mx/wp-content/uploads/2020/08/Todo-lo-s-%C3%B3lido-se-desvanece-en-el-aire.pdf)
- Blanco, A (2024). *Antonio Gramsci, legado intelectual, repercusiones y aportes al mundo contemporáneo*. <https://share.google/WtJfqbsGJE0AOZ90w>
- Boudon, R y Lazarsfeld, P (1974). *Metodología de las ciencias sociales*. Buenos Aires: Editorial Laila.
- Bourdieu, P. (1995). *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, P. (2001). *El oficio del científico. Ciencia de la ciencia y reflexividad*. [https://red-movimientos.mx/wp-content/uploads/2016/10/Bourdieu-P.-2003.-El-oficio-de-cient %C3 %ADfico.-Ciencia-de-la-ciencia-y-reflexividad.-Barcelona.-Anagrama.pdf](https://red-movimientos.mx/wp-content/uploads/2016/10/Bourdieu-P.-2003.-El-oficio-de-cient%C3%ADfico.-Ciencia-de-la-ciencia-y-reflexividad.-Barcelona.-Anagrama.pdf)
- Comte, A. (1979). *La filosofía positiva*. México: Editorial Porrúa.
- De La Garza E (2005). *Neoinstitucionalismo ¿opción ante la elección racional? Una discusión entre sociología y economía*. <https://www.scielo.org.mx/pdf/rms/v67n1/v67n1a5.pdf>
- De La Garza E (2017). *Metodología configuracioncita para la investigación social*. [https://mydes.izt.uam.mx/wp-content/uploads/2025/05/LaMetodologiaConfiguracio-nista_Final.pdf](https://mydes.izt.uam.mx/wp-content/uploads/2025/05/LaMetodologiaConfiguracionista_Final.pdf)
- Durkheim, É. (2013). *El suicidio*. México: Editorial Colofón.
- Durkheim, É. (1986). *Las reglas del método sociológico*. Madrid: Editorial Morata.
- Habermas (2023). *Conocimiento en interés*. Madrid: Editorial Taurus.
- Kuhn, T. (1992). *La estructura de las revoluciones científicas*. Bogotá: FCE.
- Lakatos, I. (1978). *La metodología de los programas de investigación científica*. Madrid: Alianza Editorial.
- Mardones, J.M (2001). *La filosofía de las ciencias sociales y humanas*. Barcelona: Editorial Anthopos.
- Marx, K. (1971). *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Borrador 1857-1858)*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Marx, Karl (1973). *El capital. Crítica de la economía política*. Tomo I. Moscú: Editorial Progreso.

- Marx, K y Engels, F (1974). *La ideología alemana*. <https://www.ugr.es/~lsaez/blog/textos/ideologia/ideologiaalemana.pdf>
- Marx, K y Engels, F (1974). *Tesis sobre Feuerbach y otros escritos filosóficos*. <http://www.cenal.gob.ve/wp-content/uploads/2015/11/Tesis-sobre-Feuerbach.pdf>
- Morin, E. (1990). *Introducción al pensamiento complejo*. Madrid: Gedisa.
- Morin, E (2001). *El método. La naturaleza de la naturaleza*. <https://ciroespinoza.wordpress.com/wp-content/uploads/2011/11/el-metodo-1-la-naturaleza-de-la-naturaleza.pdf>
- Popper, K. (1972). *La lógica de las ciencias sociales*. <https://monoskop.org/images/5/5c/Adorno-T-W-Habermas-J-Popper-K-et-al-La-disputa-del-positivismo-1969.pdf>
- Popper, K. (1973). La lógica de las ciencias sociales. En Adorno, T. W. (Ed.), *La disputa del positivismo en la sociología alemana* (pp. 101-119). Barcelona: Grijalbo.
- Popper, K. (1980). *La lógica de la investigación científica*. Madrid: Editorial Tecnos.
- Popper, K. (2010). *La sociedad abierta y sus enemigos*. Barcelona: Editorial Paídos.
- Progogine, E (1996). *El fin de las certidumbres*. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello.
- Rubiano, N y González, A (2009). *Guía para análisis demográfico local. Herramientas para incluir el enfoque poblacional en los procesos de planeación del desarrollo integral*, [https://colombia.unfpa.org/sites/default/files/pub-pdf/Gui %CC %81a-Dina %CC %81micas-Demografi %CC %81a.pdf](https://colombia.unfpa.org/sites/default/files/pub-pdf/Gui%CC%81a-Dina%CC%81micas-Demografi%CC%81a.pdf)
- Weber, M. (1993). *Ensayos de metodología sociológica*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Zuleta, E. (1972). *Ensayos sobre Marx*. Bogotá: Editorial Tercer Mundo.
- Zuleta, E. (1990). *Comentarios a la introducción a la crítica de la economía política (Manuscritos de 1857)*. Medellín: Universidad de Antioquia. <https://www.stps.gob.mx/gobmx/estadisticas/riesgos.htm>